

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica 3.ª de Adviento.

(Continuacion.)

Cierto es que andando siempre en la presencia de Dios venceríamos con facilidad todo género de tentaciones, y creceríamos en virtudes y buenas obras á medida que corren los años de esta milicia espiritual en que hemos sido alistados para servir á nuestro Rey y Señor Jesucristo y conquistar la corona de la inmortalidad que nos tiene reservada en el glorioso reino de los cielos. Yo veo que los hombres mas eminentes en santidad, y cuantos han intentado adelantar en la perfeccion evangélica no han perdido de vista el luminoso faro de la presencia de Dios, y así pudieron surcar sin peligro de naufragio el tempestuoso mar del mundo, arribando felizmente á

las playas eternas de la gloria.

Paréceme oportuna y expresiva en alto grado la comparacion de que se vale el doctísimo Esperanza para significar esta verdad, confirmada con mil ejemplos por la Historia eclesiástica. Compara el sábio Expositor á los varones santos y á los que buscan con ahinco la justicia con los misteriosos animales de Ezequiel de los cuales afirma el profeta de Dios que estaban llenos de ojos por delante y por detrás. *Plena erant oculis anté et retró.* Los justos tienen ojos para ver siempre, en todo lugar y en todas sus acciones, al Dios que todo lo vé, y tiene cuenta con todos nuestros pasos.

No es así como se conducen las gentes en los tristísimos tiempos que alcanzamos. No hay temor de Dios que es el principio de la

sabiduría, y por eso reina la necedad, y cunde la corrupcion y andan sin freno las pasiones. Apenas ver el creciente progreso de la inmoralidad y el reinado insolente del vicio. Y lo que infunde terror y espanto, lo que verdaderamente asusta y estremece es la ausencia del pudor en las gentes, y esa desvergüenza es inaudita, y ese cinisino repugnante con que se viola toda ley, y se cometen los pecados mas vergonzosos. Beben como agua la iniquidad, hacen alarde del pecado, y celebran las cosas mas torpes y abominables. *Lætantur cum malefecerint et exultant in rebus pessimis.*

Piérdese el humano ingénio en cálculos y congeturas, en meditaciones vanas y pensamientos inútiles para descubrir la verdadera causa de nuestra decadencia moral, el verdadero origen de esos crímenes que espantan, y de esa corrupcion abominable que se ha pegado al cuerpo de la sociedad como una lepra espantosa; pero ¿no está bien patente la causa y bien manifiesto el origen del mal que deploramos? ¿Puede haber en los pueblos moralidad y virtudes cuando no hay en los hombres ciencia ó conocimiento de Dios ni en las almas temor de sus juicios? Con mas razon que

el Bautista de los judios podemos decir nosotros de los cristianos que Dios está en medio de ellos, y no quieren conocerle. Sí, hermanos míos; Dios está en medio de nosotros como maestro de toda verdad, y no queremos oírle, y rechazamos con desprecio insolente la ciencia de sus caminos; está en medio de nosotros como rey pacífico y señor del mundo, y sacudimos su yugo, hollamos sus leyes, y gritamos soberbios, sino con palabras, con el impío lenguaje de nuestras malas obras: No queremos que reines sobre nosotros; está en medio de nosotros como Padre, como Salvador y Redentor, y respondemos á su amor con el desvio, á sus bondades con ultrajes horrendos, á sus beneficios con ingraticudes abominables. Está en medio de nosotros, como juez que todo lo vé, que cuenta nuestros pensamientos, y escudriña los corazones, y pesa todos nuestros actos, y no tememos juicios, obrando en su presencia la iniquidad, como si no hubiera muerte, y despues de la muerte juicio y despues del juicio un abismo de fuego para castigo eterno del pecado.

Considerad vosotros que el ojo de Dios está siempre sobre los pecadores para su castigo, si no

se arrepienten, y sobre los justos para escuchar sus plegarias, y tener con ellos, como hijos de su amor, sus mayores complacencias. Al que teme al Señor, le temerán los males, y con el temor de Dios vendrán á él todos los bienes como en dulce consorcio y lucido cortejo. *Timenti Dominum non ocurrent mala.* Sed vosotros temerosos de Dios, diligentes en su servicio, activos para toda obra laudable, amantes de la justicia y enemigos de toda iniquidad como quien sabe que ha de llegar el día solemne de la liquidación universal, cuando el eterno juez dará á cada uno su merecido, eterna desventura á los que despreciaron sus juicios, y á los que obraron su salvación con temor y temblor, bienes infinitos y dichas inefables en su glorioso reino de los cielos.

Z. M.

VARIEDADES.

AMADA.

Todos los asiduos concurrentes á las Tullerías la conocían; pero ninguno sabía su nombre: estaban acostumbrados á verla siempre sentada al pié del mismo árbol, vestida de negro y pobremente vestida, un sombrero de paja de igual color cubría su cabeza. En su rostro pálido y ajado solamente los inteligentes en

belleza hubieran podido adivinar que había sido bonito. Todo en ella denunciaba las huellas del tiempo, y de un enemigo más cruel que el tiempo, el dolor. Sus oscuros cabellos habían encanecido en parte, profundas arrugas surcaban su frente, en sus ojos azules, se había apagado para siempre, la llama de la juventud y de la alegría, sus labios habían olvidado la sonrisa. Jamás hablaba con nadie; pero todos los días en la primavera, verano y otoño llegaba á las cuatro de la tarde á su sitio favorito. Cuando lo encontraba ocupado, se sentaba lo más cerca posible, del árbol á cuya sombra, se complacía en trabajar sacaba de su bolsillo una labor de punto de media y sin mirarla apenas hacía correr las agujas, entre sus ágiles dedos. Contemplaba indiferente al grupo de niños que tenía más próximo; pero ni la alegría de los niños jugando á los caballos, ó á la pelota, ni la gracia de las niñas saltando á cuerda, ó paseando á su muñeca favorita lograban hacerla sonreír. Solitaria y triste se abismaba en las amargas reflexiones que la inspiraba su aislamiento en medio de la multitud, su pobreza rodeada de tanto lujo, su melancolía lastimada por las risas y la felicidad aparente de los demás. El pasado pesaba á esta pobre alma que no podía olvidar, que había sido joven, amada, feliz y que juventud, afecciones y felicidad, habían desaparecido para siempre.

Su historia no tenía nada de extraordinaria, pero era triste. Amada Héribert era hija de un capitán de infantería, que terminadas las guerras del Imperio, se había retirado del ejército, é ido á vivir

con su mujer ó hija, á un extremo de París en uno de sus solitarios oasis, que se encuentran á veces, en las grandes ciudades. Tenia necesidad de descanso porque se encontraba achacoso y envejecido antes de tiempo, su mujer habia envejecido tambien rápidamente en las largas ausencias y en los continuos sobresaltos pasados durante la guerra y contentos los dos con su modesto bienestar, no vivian mas que para su Amada, que era la alegría de ambos. Habia cumplido dieciocho años, era bonita y pasaba por rica en el pequeño círculo que frecuentaba. Se presentó un jóven á pedir su mano, era de buena familia, parecia amable; su proposicion fué admitida y Amada se entregó confiadamente, á la esperanza de un dichoso porvenir, el casamiento estaba próximo á verificarse; la buena señora de Héribert decia complacida á sus amigos. «Mi Amada será amada!» Cuando de pronto se supo que el agente de negocios, depositario de todo su capital habia huido con él al extranjero.

Amada sostenida por la esperanza no sintió en los primeros momentos aquel suceso fatal, mas que por sus padres; creyó que su posicion no cambiaria, ni perderia su felicidad por una cuestion de dinero.

Sin embargo se preocupó no viendo presentarse á su prometido y en su candor se admiraba de encontrarle tan diferente de lo que esperaba y de lo que hubiera sido, arruinado él y ella libre! Un dia de espera y una noche de inquietud en medio de la desolacion de sus padres turbaron su alma, al siguiente

recibió una carta de su prometido política, bien escrita y que con mil protestas de sentimiento le anunciaba que su matrimonio no podia verificarse, añadiendo que no se consolaria jamás.

Amada se irguió ante aquel ultraje; se mostró digna ante el abandono, fuerte ante la pobreza y llena de ternura hacia sus padres que lloraban mas por ella que por sí mismos.

Se ocupó con singular actividad, en todos los detalles, que un cambio de situacion trae consigo, buscó trabajo, suplió á todo, fué la fuerza y el consuelo de sus desgraciados padres; un solo dia bastó para hacerla salir de la juventud, su conducta inspiró á todos los que la veian una admiracion estéril. Despues pasaron los años y se la olvidó; la impresion que causó su desgracia se fué extinguiendo poco á poco, pero ella no desfalleció, continuó en silencio su obra de trabajo y abnegacion. Se doblegó á las privaciones de todos los dias, á los sacrificios que impone la falta de recursos, aceptó un trabajo mal retribuido mas bien de obrera que de artista. Su única dicha consistia en proporcionar á sus ancianos padres alguna tranquilidad.

Despues el último consuelo de su vida desapareció tambien..... murió su madre de la que era tan querida y cuya alma simpática se identificaba tanto con la suya. Quedó sola con su padre á quien la viudez volvió áspero y sombrío, y que á las tristezas de la edad y la pobreza añadía la amargura de un corazon ulcerado y las desigualdades de humor que dá una salud delicada. Habia amado mucho á su hija en otro tiempo, la amaba todavia

pero el dolor que experimentaba viéndola envejecer en el celibato y la indignidad se manifestaban en frases acerbas: cuántas veces Amada recibió una palabra dura en pago de una atención! cuántas veces abrumada de trabajo y de cuidados, buscó en un brazo paternal la fuerza, el valor para soportarlas y rechazándola él no oyó más que estas palabras: «Déjame! tengo necesidad de descansar!» Apesar de esto no se abatió, permaneció fuerte, sumisa y consagrada á su anciano padre, silenciosa y digna en medio de tantos pesares; pero poco á poco la amargura y la desconfianza penetraron en su alma, amargura contra su fatal destino, desconfianza de los hombres, que no la habían proporcionado más que ruina y traición, desconfianza hasta de las más santas afecciones, puesto que ellas también se alteran bajo el peso de los años y no soportan los ataques de la desgracia. Solo el recuerdo de su madre permaneció inviolable en lo más recóndito de su corazón. Así envejeció y cuando perdió á su padre era demasiado tarde para emprender otro género de vida; además Amada no se interesaba bastante por sí misma para tratar de mejorar su suerte. Continuó viviendo sola y sin amigas. Una pequeña renta de 600 francos, unida á las ganancias de pintora en porcelana bastaban á sus necesidades, y todos los días, como en vida de su madre, iba á las Tullerías no porque encontrase placer ni distracción, sino por una costumbre consagrada al recuerdo. El fondo del alma de Amada estaba seco y marchito como un fruto al que han extraído el jugo, la fé cuyas

prácticas la habían enseñado dormía en su corazón, el cielo que le había rehusado la felicidad terrestre, le parecía de bronce para ella y su pobreza no se veía consolada por el ejemplo del establo de Nazaret, ni regocija por la divina esperanza, ni ennoblecida por la unión con la voluntad de Dios; sufría sola, llevaba sin mérito su cruz y encerrada en sus sombríos pensamientos ningún objeto exterior podía interesarla. Así aunque veía jugar y correr á los niños en las Tullerías, con sus blancos trajes flotando sus hermosos cabellos, cantando alegres como los pájaros, rodeándola y jugueteándola y jugueteando junto a ella, no fijaban su atención, eran muy hermosos, muy llenos de vida para despertar su simpatía; algunas veces se encogía de hombros y murmuraba entre dientes:

«Están contentos, ¡bien! Cuanto tiempo les durará? Estos niños son los intriguantes ó las víctimas del porvenir.»

Un día sin embargo atrajo su atención una niña que vino á apoyarse, contra el árbol bajo el cual estaba sentada, tapándose los ojos con el delantal y llorando silenciosamente como si se avergonzara de sus lágrimas. Tendría seis ó siete años, sus cabellos de un rubio admirable, caían sobre su espalda. Su traje modesto se componía de un vestido de percal color de rosa extremadamente limpio y de un sencillo sombrero de paja. Los sollozos contenidos de la niña, su aire pobre y humilde, despertaron un vago interés en el corazón de Amada y la preguntó con dulzura.

«Por qué lloras niña?»

La niña no respondió; pero levantó

hacia ella sus negros y brillantes ojos, cuya expresiva mirada parecia implorar una caricia, una palabra de afecto. Era muy bonita, tenia una frente despejada, su boca fresca y graciosa, siendo encantador el contraste de sus rubios cabellos, con sus negros ojos.

«¿Qué tienes hija mia? repitió aun con mas dulzura Amada; respóndemel

—Nadie quiere jugar conmigo! dijo la niña sin poder contener sus lágrimas, mamá me envia aquí para eso y no me dejan!

—Por qué?

Vé V. aquella niña con vestido de seda azul queria que saltase con ella, tiene cuerda, muñeca y otros juguetes: ibamos á jugar cuando su aya la ha dicho: «No debes jugar con esa chiquilla pobre! y se la ha llevado.»

Así es la especie humana! dijo para si filosóficamente Amada. Y despues repuso.

«No debes llorar por eso pequeña. Juega tú sola.»

—No sé.

—No tienes hermanas?

—No señora.

—Cómo te llamas?

—Susana Bruyère.

—Pues bien Susana siéntate ahí y deváname esta madeja de lana.

La niña muy contenta al ver que se ocupaban de ella se sentó á su lado y se puso afanada á devanar. Olvidó su reciente disgusto y cuando Amada se levantó para marcharse, la niña manifestó su sentimiento y la dió un beso de despedida diciéndola:

«Gracias señora.»

Al dia siguiente Susana esperaba á Amada al pié del mismo árbol; cuando la vió instalada la dijo:

«Puedo devanar como ayer?»

—No tengo nada que devanar y te aburrirás aqui.

—No me aburriré estaré á su lado y me entretendré viéndola trabajar.

—Quédate si quieres.

La niña se sentó junto á Amada y por ella supo que tenia siempre enferma á su madre, que su padre habia muerto, que sabia leer bien y empezaba á escribir y que aquella la enviaba todas las tardes á las Tullerías á respirar el aire libre.

Su lenguaje y sus modales eran agradables y finos y aquella tarde Amada besó á la niña al despedirse.

El tercer dia se preguntaba con inquietud: ¿Estará Susana? Estaba allí en efecto y llevaba un librito para demostrarla que leía de corrido. Al siguiente compró una muñeca y se entretuvo en vestirla admirándose ella misma del interés que tomaba por una niña desconocida; pero al ver la alegría que experimentó aquella al recibir su pobre regalo, sintió un placer que dilató su alma. Mucho tiempo hacia que no habia sentido nada semejante!

Desde aquel momento este cariño ocupó un lugar en su corazon que en tantos años á nadie habia amado. Se sintió reanimar y rejuvenecer leyendo el cariño que inspiraba, en la ingénua mirada de la niña y la alegría que brillaba en su rostro cuando la veia llegar, recibiendo sus caricias sintiéndose amada, esperada, deseada ella que en tanto tiempo no habia encontrado interés en nadie; ade-

más Susana parecía sola abandonada y pobre y Amada en su infortunio no simpatizaba más que con los desamparados y tristes.

Se veían todos los días durante el verano, la niña traía á la amistad sus caricias, su gracia infantil y Amada un sentimiento maternal que se manifestaba por el deseo de dar gusto á Susana, de la que nadie se ocupaba. Ahorraba en medio de su indigencia para comprarla tan pronto un libro de cuentos, como un pastel ó un juguete. Susana recibió estos dones con ingénuo agradecimiento y la decía: «¡Oh! ¡qué contenta se pondrá mamá cuando se lo enseñe! ¡la hablo tanto de V.!»

Hacia el otoño Susana iba á las Tullerías con menos frecuencia.

«Mamá está enferma, tose mucho y me quedo á su lado para cuidarla decía la niña.»

Un día Amada la llevó pastillas de malvabisco, para que en su nombre, las ofreciera á su madre. Susana la abraza con transporte brotando lágrimas de reconocimiento de sus ojos. Dejó á su amiga mas pronto que de costumbre y le dijo.

«Gracias á V. mamá dormirá bien esta noche.»

Al siguiente día no fué. Amada aguardó con la mas viva inquietud y sin tener en cuenta el frío de una tarde de Octubre, continuó esperándola. Cuando ya iba á marcharse vió á una jovencita que algunas veces acompañaba á la niña y le preguntó por ella.

Ay! señora, la pobre Susana ha perdido á su madre esta noche y estaria so-

la junto á ella si mi madre no la hiciese compañía.

—Sola junto á su madre muerta!

Ah! señora es bien triste la suerte de los huérfanos y Susana comprende su desgracia!

—Quisiera verla! exclamó Amada.

—Yo n.e vuelvo á casa si V. quiere seguirme....

Amada muy conmovida se puso en camino con su jóven compañera. Llegaron á una casa de apariencia vetusta y humilde; subieron una penosa escalera hasta un quinto piso.

Aquí es dijo la jóven abriendo la puerta, y Amada se encontró en una habitación pobremente amueblada.

Sobre la cama colocada en el centro, se entreveía bajo una estrecha sábana, una forma rigida é inmóvil: el rostro estaba cubierto; un pequeño crucifijo, descansaba sobre el seno, sin movimiento ni color; á los piés habia encendidas dos luces, un vaso con agua bendita y una rama de olivo bendito tambien.

«Madre dijo la jóven en voz baja, una señora que pregunta por Susana.»

Amada habia visto ya lo que venia buscando.

En el ángulo mas oscuro de la habitación, estaba la niña, de rodillas con los ojos fijos en lo que habia sido su madre; ya no lloraba porque sus lágrimas se habian agotado, su rostro pálido y alterado, demostraba un dolor extraordinario en tan corta edad. Amada corrió hacia ella tendiéndola los brazos.

«Pobre hija mía! mi pobre niña queridísima exclamó»: Susana la reconoció y echándose en sus brazos prorrumpió en sollozos.

«Mamá! mamá!.... repitió y no pudo decir más.

—Pobre niña! dijo la vecina aproximándose, razón tiene para llorar! está sola en el mundo!

L.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS.

Entre la soberbia y la vanidad hay una diferencia bastante profunda. El vanidoso se contenta con las apariencias de las cosas, mientras el soberbio necesita la realidad de todas sus ambiciones.

La vanidad es tonta; la soberbia es loca.

Dice el vanidoso: quisiera. Dice el soberbio: quiero.

La vanidad es el defecto de las mujeres, y la soberbia es el vicio de los hombres.

(Selgas).

No sé cómo cada cual hará la cuenta de su vida, pero es lo cierto que, en la aritmética corriente, todo lo que se malgasta en la juventud, se tiene de menos en la vejez; porque vivir no es más que quitarse la vida más de prisa ó más despacio.

(Selgas).

Cada palabra, cada acción, cada movimiento de Cristo, es una lección que debemos estudiar con la mayor atención posible, para conformar con ella nuestra vida. ¿Qué diremos, pues, de la larga lección de treinta años? ¿No bastará para hacernos dejar ese error grosero, harto

común en el mundo, de medir el mérito y valor de las obras por el aparato exterior, y por ciertos frutos que se tocan con la mano y se ven al ojo, y por lo tanto nos contentan más que otros menos visibles, pero más sólidos?

El apostolado oculto de treinta años dedicados á la oración, no se interrumpió con la vida pública del Salvador.

(P. Ramière).

La murmuración todo lo averigua, todo lo explica, todo lo sabe y todo lo dice.

Constituye una especie de comercio mutuo, íntimo, cambio recíproco y continuo de cuentos, fábulas, historias.... que se establece en toda reunión amena de seres humanos.

(Selgas).

Para ser semejantes á Dios, no nos basta ser inmortales como él, y como él ricos y poderosos en supremo grado, sino que además necesitamos poder como él comunicar esos mismos bienes á otros seres iguales á nosotros, de quienes recíprocamente los recibamos. En este trueque, que hacen entre sí muchos corazones unidos por el vínculo del amor, hay una dicha incomparablemente mayor que la que nace de la egoísta contemplación y goce de las propias riquezas.

(P. Ramière.)

